

Los novicios destinados á la vida eclesiástica se designan en la Compañía con el nombre de escolares particularísimos suyos para diferenciarlos de los escolares externos. Cuatro votos pronuncian: de obediencia, de castidad, de pobreza y de vida dentro de la orden conforme á los estatutos, con lo cual reciben el nombre de escolares aprobados, quienes para prepararse y apercibirse á su futuro estado de sacerdotes y doctores, quedan bajo la vigilancia del rector, cuyo celo dirige sus estudios y vela por el cumplimiento de sus ejercicios espirituales. A fin de conocer la vida y los pensamientos de todos, el rector nombra espías mutuamente á los unos de los otros. Los dos años siguientes á los primeros del noviciado destínanse al estudio de la retórica y la literatura; y concluidos estos hay que emplear otros años mas en el estudio de la filosofía, la física y las matemáticas. A la edad de veintiocho años entran en sagrada teología, ciencia que cursan cuatro ó cinco años. Concluidos los estudios teológicos, y llegados á la madurez de la vida, es decir, á la edad crítica de los treinta y tres años, el jesuita queda consagrado sacerdote. Así primero se le llama *scholasticus approbatus* y despues se le llama *scholasticus formatus*. Para pasar de una estirpe á otra, necesita de severo exámen. Mas con exámen y todo, no puede adelantar, sin la formal aprobacion del superior, quien le detendrá en una categoría cuanto tiempo le plazca, ó le rebajará de una superior á otra inferior siempre que le parezca. La Sociedad de Jesus se halla compuesta de cinco clases: afiliados, los cuales pueden vivir en el mundo, escolares, coadjutores laicos ó eclesiásticos, profesos de tres votos y profesos de cuatro votos. Estos últimos constituyen la verdadera aristocracia de la Compañía.

Los novicios eran gobernados por sus maestros, á quienes se les unian los asistentes designados con el nombre de síndicos. Los colegios, á su vez, eran gobernados por los rectores asistidos de funcionarios subalternos. El rector tenia facultades muy restringidas, como encargado tan solo de cumplir la ley con una vigilancia exquisita. Visitadores varios vigilan á este centinela; y monitores y consultores lo guian y lo dirigen. Las casas de profesos están regidas por rectores, quienes reciben el nombre de superior. Sobre maestros, rectores y superiores hállase colocado el padre provincial, quien es en cada region ó provincia tanto como el general es en todo el jesuitismo.

Los provinciales se hallan obligados á dar una relacion circunstanciada de su respectiva provincia al general, de quien inmediatamente dependen. No hay monarca en el mundo que se halle tan cerciorado y seguro de lo que pasa en su reino como se halla el general de lo que pasa en su Compañía. Cuentan autores de nota que recibia un general por año seis mil quinientas ochenta y cuatro relaciones llenas de numerosas noticias. Las cartas secretas, como los informes inquisitoriales, eran muchas. El provincial, con ser tan poderoso, estaba siempre á merced y arbitrio del general, quien le ponía al lado un adjunto, conocido con el nombre de *socius*, además de varios consultores, cuyos consejos debia oír en todo lo posible.

Los provinciales convocan las asambleas de sus provincias y las presiden. En caso de vacante del generalato reúnen todos en congregacion general y proveen al nombramiento del sucesor. Estas reuniones ó asambleas de la orden son de tres categorías: congregacion de procuradores, congregaciones provinciales y congregaciones generales. Las primeras se reúnen cada tres años; las segundas, compuestas por los profesos de cuatro votos, los rectores y procuradores, se reúnen por convocacion del provincial cada tres años tambien y con motivo de circunstancias extraordinarias. Las congregaciones generales han de reunirse por convocatoria del general en Roma y sin sujetarse á períodos fijos, como que representan la suprema autoridad de la orden. Su acto principal es la eleccion de general. Siete dias de recogimiento y meditacion exigen las ordenanzas jesuíticas á los electores, que recludos en celdas y alimentados á pan y agua, no pueden separarse hasta despues de haber cumplido su objeto y designado su jefe. Si á cualquier jesuita se le prueba que ha pretendido el cargo de general, queda inhabilitado para ejercerlo. Y si una vez nombrado, lo dimite, queda bajo la pena máxima de la excomunion mayor.

Hemos nombrado los procuradores varias veces y no hemos dicho los oficios contenidos en este cargo. Junto á novicios, rectores, superiores y provinciales aparecen los encargados de los negocios temporales de la orden y de la direccion de los coadjutores laicos. Sometidos á la superior autoridad, como todo jesuita, y organizados en jerarquías concéntricas, hay procuradores adscritos á cada casa religiosa y procuradores adscritos á cada division

provincial. Elegidos por los profesos de dos grados y por los rectores de cada colegio, han de haber pasado por el cargo de rector antes de tener el cargo de procurador. Reúnense tales jesuitas en congregaciones provinciales, y cuando lo juzgan necesario al buen gobierno de la órden, proponen la convocatoria y asamblea de la congregacion general.

Cuanto mas examinamos la organizacion de semejante compañía, mas claro vemos que se funda en la division del trabajo y en la sumision de unas autoridades á otras autoridades por virtud eficaz de la mas ciega obediencia. El inferior se somete al superior, relacionándose con él de tal suerte que todos tienen álguien á quien mandar y álguien á quien servir, aunque igualados y confundidos en la humillacion universal y en el universal imperio congénitos de suyo al carácter del colosal instituto. La desconfianza de los espontáneos móviles, de los mas honrosos y mas necesarios á la naturaleza humana, se observa en las precauciones tomadas para que no puedan los jesuitas darse á la intimidad de sus inspiraciones y de sus sentimientos. Cada soldado de Jesus lleva junto á sí, como sombra de su propio cuerpo, un centinela, que lo guarde; un esbirro, que lo prenda; un espía, que lo vigile; no solo en sus actos claros y públicos, en sus pensamientos recónditos y secretos. Luego, el exámen prolijo de la propia vida y conciencia, el ejercicio continuo de la confesion auricular, el informe reservado, el espionaje sistemático llegan hasta indagar y conocer las profundidades mas insondables del alma y distinguir los móviles mas íntimos de la vida. Cada jesuita desempeña un ministerio que no ha escogido y cumple una consigna que no puede absolutamente razonar; y como la órden no se cura solo del claustro, sino tambien del mundo; y la facilidad para pasar del estado laico al seglar y del seglar al laico es grande; la Compañía tiene un poder oculto en la Iglesia y otro poder oculto en el Estado. A todo lo antedicho se agrega el jesuita de hábito corto, el afiliado civil, remedo en todo de la órden tercera de San Francisco, pero sometido, á pesar de su aparente independendencia, con sumision servil á la incontrastable superioridad de un poder indescifrable y supremo. Y como todos se despojan de su voluntad y de su pensamiento, se aperciben á la mas ciega obediencia, se toman á sí mismos por partes mecánicas, por partes inertes de una máquina que otro monta é impulsa; como no

han de examinar la verdad ó el error de aquello que les dicen, la moralidad ó inmoralidad de aquello que les mandan; como saben que tienen astuto inquisidor á su lado, capaz de sorprenderles hasta en la raíz de sus ideas y en el asomo de sus móviles; resígnanse á la renuncia de su propio sér y entran en un ejército compuesto de almas y circuido de sombras, ejército que no retrocederá por servir al Papa y á su Iglesia ni ante las maldiciones de la historia ni ante los furores del infierno. Así pudo Ignacio envolver al mundo en la red espesa de su formidable Compañía. Para los fanáticos la exaltacion mas febril, y para los astutos la doblez mas exquisita. Fuerza, y fuerza incontrastable con estrategia, y estrategia maquiavélica reunia en el cúmulo de sus grandes y opuestas cualidades. Aquel gran general, para conquistar el cielo ponía sus plantas muy firmemente aquí en la tierra; y para sostener la Iglesia universal, apoderábase con astucia de los estados particulares, con astucia, la fuerza de los débiles. Y esto explica el doble carácter de la Sociedad. Consumado general, tenía Ignacio de su vocacion y de su ministerio la vehemencia, el valor, las grandes cualidades morales, y tenía tambien la táctica que miente y engaña, la estrategia que amaga de suyo á un punto y da en otro. Por tales razones se unieron en suma increíble dentro de la Sociedad de Jesus las abnegaciones del soldado, los éxtasis del penitente, las dobleces del político. Para perder la herejía sitióla con los dos extremos de la naturaleza humana, con el frio glacial de la doble astucia y con el fuego vivo de la exaltada vehemencia.

No podía la reaccion católica, intentada por San Ignacio, compararse con ningun otro movimiento de la Iglesia y con ninguna otra crisis de la historia. No se trataba, como en las cruzadas varias, ya del Oriente, ya del Occidente, ya contra los sarracenos ó ya contra los albigenses, de una campaña militar, como aquellas emprendidas por los desiertos del Asia, por los riscos de Andalucía, por las costas de Provenza, en las cuales tanto resplandecian los templarios con su coraza y su casco de acero, su brillante cruz roja, su lanzon y su larga espada, parecidos á verdaderos ángeles enviados por Dios del Empíreo para defender su Santo Sepulcro y ayudar al peregrino y al devoto. Los tiempos habian cambiado mucho. La direccion del mundo no estaba ya en oligarquías mas ó menos feudales, sino en cortesanos de astucia y de

perfidia. La herejía rechazada en la conciencia como un crimen, era muchas veces admitida en la política como una necesidad. Ninguna causa, ninguna prescindió tanto de la moral y de sus leyes como la causa del absolutismo á la sazón predominante de suyo en toda Europa. Los reyes mas ilustres, como Fernando V y Luis XI, eran tambien los reyes mas dobles. Teníase por el mayor de los políticos al que mas veces engañara con perfidias y embustes á sus contrarios. La fe, la palabra, el juramento, nada valian entonces por las crisis naturales que atravesaban instituciones formidables, como la institucion monárquica, empeñada en destruir todas las variedades múltiples de la vida bajo su imperiosa y absorbente unidad. Resueltos los jesuitas á defender la Iglesia contra todo y contra todos, lanzaban en su defensa las pasiones mas contradictorias, pareciéndoles buenas y aceptables, si desempeñaban á derechas su ministerio salvador, y cumplian su fin providencial. Por esta causa y razón mandaban los directores de la Compañía sus individuos de vehemencia y empuje á las misiones, sus individuos de astucia y de doblez á las cortes. Los primeros atravesaban los mares, corrian por los desiertos; do quier imaginaban ganar un alma ó un pueblo, iban solícitos, sin miedo ni á las plagas múltiples de la naturaleza en climas insalubres y en regiones remotas, ni á las iras y rencores de los poderes varios y de los creyentes diversos, todos de igual intolerancia; pues lo mismo en la helada Suecia que en el abrasado Congo, lo mismo en las selvas del Brasil que en las costas de Mozambique, lo mismo entre las tribus semi-salvajes del Paraguay que entre los viejos templos de la China y del Japon; aparecia el jesuita impulsado por una fuerza mecánica, pero decidido á obedecer y á servir hasta el sacrificio y el martirio. Pero no bastaba con estos héroes, porque así con el combate solo conseguian dominar una parte de la naturaleza humana y habian menester el enseñorearse completamente de toda ella y en absoluto. Y así, junto á los misioneros tenian los políticos encargados de vigilar á los poderosos y confesarlos; de recoger sus palabras y estudiar sus inclinaciones; de inquirir sus pensamientos mas secretos y dirigirlos y arrastrarlos sin que lo advirtiesen ellos mismos; tomando por máxima el apotegma tantas veces empleado en la política, de que el fin justifica los medios. Bien es verdad que todo lo hacian para la mayor gloria de Dios. Mas, como quiera que Dios

fuese para ellos la Iglesia, cual Dios es para los panteistas el Universo; y la Iglesia, como quiera que fuese, á su vez, el Papa, y el Papa jesuítico gozase de un absolutismo indudablemente mucho mayor y mas terrible que todo el absolutismo de los reyes mas absolutos; la órden de Jesus detenía el movimiento de Europa y paralizaba los resortes primeros y mas eficaces de la voluntad y de la conciencia. La Compañía era el ejército de la reaccion universal y el seguro de la arbitrariedad pontificia.

Hallándose los jesuitas establecida y formulada la doctrina verdaderamente ortodoxa, y no teniendo necesidad ninguna de subvertirla, sino de conservarla, se adhirieron á la Suma Teológica de Santo Tomás, con la restriccion de admitir otra Suma, si algun extraordinario genio, como el gran santo, llegaba con el tiempo á escribirla, y á resumir así los principios primeros y mas necesarios de la Iglesia universal. Una reserva, sin embargo, hacian respecto al principio de la Inmaculada Concepcion, principio jesuítico de antiguo, y respecto al cual no estaba Santo Tomás de Aquino bastante claro y explícito. Habia en las doctrinas del escritor angélico cierto sensualismo aristotélico del cual gustaban los jesuitas; y sobre todo una tendencia incontrastable al dogma de la Infalibilidad pontificia, muy del agrado de aquellos pretorianos y genzaros espirituales del Papa. Lainez, en el célebre discurso dicho sobre las atribuciones del Pontífice, á la hora suprema en que mas se recrudecía y enconaba el espíritu reaccionario por el Concilio de Trento, llamóle con reflexiva madurez al Papa lugarteniente de Cristo. Y extendiendo esta palabra mas allá de su sentido, añadió que así como los lugartenientes gozan de todas las facultades y primicias del general, gozaba el Pontífice de todas las facultades y de todas las preeminencias de Cristo. Así la escuela jesuítica, para sostener su tesis, no sintió escrúpulo de ningun género en aceptar todas las falsificaciones eclesiásticas. En vano se habia probado la falsedad de las decretales de Isidoro Mercator; en vano se habia visto que para sostener la supremacía incontestable y absoluta del Papa sobre la Iglesia universal, Tomás de Aquino, engañado por la curia romana y sus doctores, habia metido en los textos de los cinco primeros Concilios, interpolaciones absurdas; en vano se habia mostrado que un Papa, como el Papa Honorio, revestido de autoridad suprema y nombrado por las mas or-